

VI

Las oficinas de *La Esperanza*, el periódico católico en quiebra que, á propuesta de Jantrou, había comprado Saccard para contribuir á la propaganda del Universal, estaban en la calle de San José, en un viejo hotel oscuro y húmedo, del cual ocupaban el primer piso, en el fondo del patio. Del recibimiento, donde ardía constantemente el gas, arrancaba un corredor, á cuya izquierda estaba el despacho de Jantrou, el director, y después una pieza que se había reservado Saccard; á la derecha estaban la sala común de redacción, el despacho del secretario, y otros destinados á los diferentes servicios. Al otro lado del patio estaban la administración y la caja, que un corredor interior, dando vuelta por detrás de la escalera, ponía en comunicación con la redacción.

Aquel día, Jordan, á punto de acabar una crónica en la sala común, donde se había instalado temprano para no ser distraído, salió de ella á las cuatro, y fué á buscar á Dejoie, el mozo de

la redacción, que, á la luz del gas, á pesar del hermoso sol de Junio que hacía fuera, leía ávidamente el boletín de la Bolsa que traían, y del cual se enteraba él el primero.

—¿Es el señor Jantrou el que acaba de llegar?

—Sí, señor Jordan.

El joven experimentó una vacilación, un corto malestar, que le detuvo durante algunos segundos. En los principios difíciles de su feliz hogar, habían caído sobre él deudas antiguas; y á pesar de su suerte de haber encontrado este periódico donde colocaba artículos, sufría una escasez atroz, tanto más, cuanto que pesaba una retención sobre su sueldo y que tenía que pagar, aquel mismo día, un nuevo pagaré, bajo la amenaza de ver vendidos sus cuatro muebles. Ya había pedido dos veces, en vano, un anticipo al director, que se había escudado con la retención.

Decidióse, sin embargo, y se acercaba á la puerta, cuando añadió el mozo:

—Es que no está solo el señor Jantrou.

—¡Ah!.... ¿Con quién está?

—Ha llegado con el señor Saccard, y éste me ha dicho que no deje entrar más que al señor Huret, á quien espera.

Respiró Jordan, aliviado con este aplazamiento: tan penosas le eran las peticiones de dinero.

—Está bien, voy acabar mi artículo. Avisadme cuando esté solo el director.

Pero cuando se alejaba, lo detuvo Dejoie, con una exclamación de gran júbilo.

—¿Sabéis que el Universal ha llegado á 750?

El joven hizo un gesto de desdén y volvió á entrar á la sala de redacción.

Casi todos los días, Saccard iba al periódico después de la Bolsa, y con frecuencia hasta daba citas en el gabinete que se había reservado, tratando allí asuntos especiales y misteriosos. Jantrou, por lo demás, aunque oficialmente no era más que director de *La Esperanza*, donde escribía artículos políticos de una literatura universitaria cuidada y florida, que sus mismos adversarios reconocían como «del más puro aticismo», era su agente secreto, el complaciente obrero de los trabajos delicados. Y, entre otras cosas, él era quien acababa de organizar una gran publicidad alrededor del Universal. Entre los pequeños periódicos financieros que pululaban, había elegido y comprado una decena. Los mejores pertenecían á equívocas casas de banca, cuya táctica, muy sencilla, consistía en publicarlos y darlos por dos ó tres francos al año, suma que no representaba ni siquiera el precio del franqueo; y se reintegraban, por otra parte, traficando con el dinero y los títulos que les traía el periódico. Con el pretexto de publicar las cotizaciones de la Bolsa, los números salidos en los sorteos de valores, todos los informes técnicos, útiles á los pequeños rentistas, deslizaban poco á poco reclamos, en forma de recomendaciones y

de consejos, al principio modestos, razonables, luego desmedidos, de una tranquila impudencia, inspirando la ruina entre los abonados crédulos. En el montón, en medio de doscientas ó trescientas publicaciones, que hacían de este modo estragos en París y en toda la Francia, su olfato le había hecho elegir las que todavía no habían mentido mucho y que no estaban muy desprestigiadas. Pero el gran negocio que meditaba era comprar una de ellas, *La cotización financiera*, que contaba ya doce años de absoluta probidad; sólo que amenazaba ser muy cara tal probidad; y esperaba á que el Universal fuera más rico y se encontrase en una de esas situaciones en que un último trompetazo determina los ensordecedores clamores del triunfo. Su tarea, por otra parte, no se había limitado á reunir un batallón dócil de estos periódicos especiales, que celebraban en todos los números la belleza de las operaciones de Saccard; trataba también con los grandes periódicos políticos y literarios, manteniendo con ellos una corriente de notas encomiásticas, de artículos llenos de alabanzas, á tanto la línea, y asegurándose su concurso con regalos de títulos, en los momentos de nuevas emisiones. Todo esto sin hablar de la campaña diaria, sostenida bajo sus órdenes por *La Esperanza*, no una campaña brutal de violenta aprobación, sino de explicaciones, hasta de discusión, un modo lento de apoderarse del público y de estrangularlo, correctamente.

Aquel día, era para hablar del periódico para lo que Saccard se había encerrado con Jantrou. Había encontrado en el número de la mañana, un artículo de Huret elogiando tan desmedidamente un discurso de Rougon, pronunciado la víspera en la Cámara, que le había producido una violenta cólera; y esperaba á Huret para tener con él una explicación. ¿Es que lo creían subvencionado por su hermano? ¿Es que se le pagaba para que dejase comprometer la línea de conducta del periódico con una aprobación sin reserva de los menores actos del ministro? Cuando le oyó hablar de la línea de conducta del periódico, Jantrou sonrió significativamente. Por lo demás, lo escuchaba tranquilamente, examinándose las uñas, desde el momento en que la tempestad no amenazaba estallar sobre su cabeza. Con su cinismo de literato desilusionado, Jantrou sentía el más profundo desdén hacia la literatura, hacia la primera y la segunda, como designaba á las planas del periódico donde aparecían los artículos, aun los suyos; y no comenzaba á conmoverse hasta los anuncios. Ahora iba todo flamante, ceñido en una elegante levita, adornado el ojal con una roseta de vivos colores, llevando en verano al brazo un fino paradesú de color claro, abrigado en invierno con un gabán de pieles de cien luises, y usando sombreros irreprochables, brillantes como un espejo. A pesar de esto, advertíase en su elegancia como la vaga impresión de una suciedad in-

terior persistente, la antigua mugre del profesor expulsado, caído desde el liceo de Burdeos en la Bolsa de París, penetrada y teñida la piel de las inmundas suciedades que había sufrido durante diez años; de la misma manera que en la arrogante seguridad de su nueva fortuna, tenía bajas humildades, huyendo el cuerpo como temeroso de algún puntapié, como en otro tiempo. Ganaba cien mil francos por año y gastaba el doble, no se sabía en qué, porque no se le conocía querida, dominado sin duda por algún inoble vicio, la causa secreta que le había hecho expulsar de la Universidad. El ajeno, por lo demás, lo devoraba poco á poco, á partir de sus días de miseria, continuando su obra desde los infames cafés de otras veces al lujoso círculo de ahora, haciendo caer sus cabellos, dando un tinte plomizo á su cráneo y á su rostro, donde su barba negra en abanico quedaba como la única gloria, una barba de hombre hermoso que producía ilusión todavía. Y habiendo vuelto á invocar Saccard la línea de conducta del periódico, lo había parado con un gesto, con el aire fatigado de un hombre que, no queriendo perder su tiempo en cosas inútiles, se decidía á hablarle de asuntos serios, puesto que Huret tardaba.

Hacia algún tiempo que Jantrou alimentaba ideas nuevas de publicidad. Pensaba en primer término escribir un folleto, una veintena de páginas sobre las grandes empresas que acometía el Universal; pero dándoles el interés de una nove-

lita, dramatizada en un estilo familiar; y quería inundar las provincias con este folleto, que se distribuiría gratis hasta en los campos más apartados. Después proyectaba crear una agencia de publicidad financiera, que redactaría y haría autografiar un boletín de la Bolsa, para enviarlo á un centenar de los mejores periódicos de los departamentos: se les regalaría este boletín ó lo pagarían á un precio irrisorio, y de este modo se tendría pronto en las manos un arma poderosa, una fuerza con la que tendrían que contar todas las casas de banca rivales. Conociendo á Saccard, le inspiraba de este modo sus ideas, hasta que éste las adoptaba, las hacía suyas y las ampliaba de modo que parecía que las creaba realmente. Transeurrian los minutos, y pusieron á arreglar el empleo de fondos para la publicidad del trimestre, las subvenciones que había que pagar á los grandes periódicos, la manera de comprar el silencio del terrible boletínista de una casa contraria, la parte que habían de tomar en la subasta de la cuarta plana de un antiguo periódico muy respetado. Y, de su prodigalidad, de todo aquel dinero que esparcían de este modo á los cuatro vientos, desprendíase, sobre todo, su inmenso desprecio hacia el público, el desprecio de su inteligencia de hombres de negocios hacia la profunda ignorancia del rebaño, presto á creer todos los cuentos, y de tal modo ignorante de las complicadas operaciones de la Bolsa, que los cebos menos disimulados enga-

ñaban á las gentes y hacían flotar los millones. Cuando Jordan buscaba todavía cincuenta líneas para completar sus dos columnas, fué interrumpido por Dejoie, que lo llamaba. — ¿Qué está ya solo el señor Jantrou? — No, señor Jordan, todavía no. Es que está ahí nuestra señora preguntando por vos. — Jordan, muy inquieto, salió precipitadamente. Desde hacía algunos meses, desde que la Mechain había al fin descubierto que escribía con su nombre en *La Esperanza*, andaba acosado por Busch, por los seis pagarés de cincuenta francos, firmados en otro tiempo á un sastre. Aún habría pagado la suma de trescientos francos que representaban los pagarés, pero lo que le irritaba era la enormidad de las costas, aquel total de setecientos treinta francos quince céntimos á que había subido la deuda. Sin embargo, había convenido un arreglo, comprometiéndose á dar cien francos por mes, y como no podía, pues su joven hogar tenía necesidades más apremiantes, cada mes subían más los gastos, y los disgustos volvían de un modo intolerable. En aquel momento se encontraba de nuevo en una crisis aguda. — ¿Qué hay? — preguntó á su mujer, á quien encontró en el recibimiento. — Pero aún no había tenido ésta tiempo de contestar, cuando se abrió violentamente la puerta del despacho del director y asomó Saccard gritando:

—¡Ah, al fin! Dejoie, ¿y el señor Huret?
Turbado, el mozo de la redacción balbuceó:
—¡Caramba, señor, no está aquí, yo no puedo
hacerle venir más pronto!

La puerta volvió á cerrarse con un juramen-
to, y Jordan, que había llevado á su mujer á uno
de los despachos vecinos, pudo interrogarla.

—¿Qué ocurre, querida mía?

Marcela, tan alegre y tan animosa habitual-
mente, aquella linda personita regordeta y mo-
rena, de fisonomía abierta, ojos rientes y boca
sana, que expresaban la dicha aun en las horas
difíciles, parecía trastornada completamente.

—¡Oh, Pablo, si supieras! Ha estado en casa
un hombre ¡oh! un hombre asqueroso, que olía
mal y borracho á lo que creo.... Me ha dicho
que todo había acabado, que mañana se venden
nuestros muebles.... Llevaba un cartel que que-
ría poner abajo, en la puerta....

—¡Pero eso es imposible!—exclamó Jordan.
Yo no he recibido nada, hay otras formalidades.

—¡Ah, sí! Estás menos enterado que yo.
Cuando van papeles, ni siquiera los lees. Enton-
ces, para que no pegase el cartel, le he dado dos
francos y he echado á correr para prevenirte.

Estaban desesperados. ¡Su pobre ajuar de la
avenida de Clichy, sus cuatro muebles de caoba
y de reps azul que tan trabajosamente habían
pagado por meses, y de que tan orgullosos esta-
ban, bien que á veces se rieran de ellos encon-
trándolos de un gusto burgués abominable!

Amábanlo porque formaba parte de su dicha
desde la noche de boda, en aquellas dos peque-
ñas piezas, tan llenas de sol, de tan hermosas
vistas, hasta el Mont-Valerien; ¡y él que había
clavado tantos clavos, y ella que se había inge-
niado para poner colgaduras de andrinópolis,
dando á la habitación un aire tan artista! ¿Era
posible que les vendiesen todo aquello, que los
echaran de aquel lindo rinconcito, donde hasta
la misma miseria tenía para ellos delicias?

—Mira—dijo Pablo—pensaba pedir un antici-
po, y voy á hacer lo que pueda, pero no tengo
mucho esperanza.

Entonces ella, vacilando, le confió su idea.

—Pues mira lo que yo había pensado.... ¡Oh!
no lo habría hecho sin tu consentimiento; y la
prueba es que he venido para que hablemos de
ello.... Sí, voy á ver á mis padres.

El rehusó vivamente.

—¡No, no, jamás! Ya sabes que no quiero de-
berles nada.

Ciertamente, los Maugendre podían serles
muy útiles. Pero él no había olvidado su fría ac-
titud, cuando, después del suicidio de su padre,
en el derrumbamiento de su fortuna, no habían
consentido en el matrimonio, de muy atrás pro-
yectado, con su hija, sino ante la firme voluntad
de ésta, y tomando contra él precauciones irri-
tantes, entre otras la de no dar un céntimo, con-
vencidos de que un joven que escribía en los
periódicos debía devorarlo todo. Más tarde, here-

daría su hija. Y ambos, ella tanto como él, habían puesto hasta entonces una especie de coquetería en morir de hambre, sin pedir nada a los padres, fuera de la comida que hacían en casa de estos, una vez a la semana, los domingos por la noche.

—Te aseguro—añadió Marcela—que nuestra reserva ahora es ridícula. Puesto que no tienen más hijos que yo, puesto que todo debe ser mío un día.... Mi padre dice, a quien lo quiere oír, que ha ganado quince mil francos de renta en su comercio de toldos, en la Villette; y además tiene el hotelito, con su hermoso jardín, a donde se han retirado.... Es estúpido afligirnos tanto, cuando a ellos todo les sobra. Jamás han sido malos en el fondo. Te digo que voy a ir a verlos!

Tenia una bravura sonriente y hablaba con aire decidido, muy práctica en su deseo de hacer dichoso a su querido marido, que trabajaba tanto, sin haber encontrado todavía, en la crítica y en el público, otra cosa que mucha indiferencia y algunos revéses. ¡Ah, el dinero! Ella habría querido tener montones para dárselos, y él habría sido muy tonto con echarse las de delante, puesto que ella le amaba y se lo debía todo. Aquello era su cuento de hadas, su *Cendrillon*: los tesoros de su familia, que ella ponía con sus manecitas a los pies de su príncipe arruinado para ayudarlo en su marcha hacia la gloria, en la conquista del mundo.

—Vamos—añadió alegremente abrazándolo

—es preciso que yo te sirva de algo, no ha de ser para tí todo el trabajo.

Cedió Pablo, y convinieron en que ella iría inmediatamente a las Batignolles, calle de Legendre, donde vivían sus padres, y que volvería a traer el dinero, a fin de que él pudiera ir a pagar aquella misma noche. Y cuando la acompañaba hasta el descanso de la escalera, tan conmovido como si la despidiera para un largo viaje, tuvieron que apartarse para dejar pasar a Huret, que llegaba al fin. Cuando volvió a terminar su crónica a la sala de redacción, oyó salir un gran ruido de voces del despacho de Jantrou.

Saccard, poderoso ahora y hecho el amo, quería ser obedecido, sabiendo que los tenía cogidos a todos con la esperanza de la ganancia y el terror de la pérdida, en la partida de fortuna colosal que jugaba con ellos.

—¡Ah! ya estáis aquí—exclamó al ver a Huret.—¿Os habéis retrasado en la Cámara, acaso para ofrecer al gran hombre vuestro artículo puesto en un cuadro?.... Sabed que ya estoy harto de que le rompáis las narices con el incensario, y os he esperado para deciros que esto se ha concluido, y que en adelante habrá que escribir de otras cosas.

Huret, sin saber qué contestar, miró a Jantrou. Pero éste, decidido a no proporcionarse disgustos ayudándole, se había puesto a pasarse los dedos por entre su hermosa barba, mirando al techo.

—¿Cómo de otras cosas?—contestó al fin el diputado.—¡Pero si yo os doy lo que me habéis pedido!... Cuando comprasteis *La Esperanza*, este periódico católico y legitimista, que hacía una oposición tan ruda á Rougon, vos fuisteis quien me suplicó que escribiera una serie de artículos laudatorios, para demostrar á vuestro hermano que no queríais serle hostil; y para marcar de este modo la nueva línea de conducta del periódico.

—Precisamente esa línea de conducta—replicó Saccard—es lo que estáis comprometiendo. ¿Creéis acaso que yo quiero seguir servilmente á mi hermano? Ciertamente, jamás he regateado mi admiración y mi afección agradecidas al emperador, ni he olvidado lo que le debemos, lo que le debo yo en particular; pero señalar las faltas cometidas, no es atacar al imperio, sino más bien cumplir con el deber de súbdito fiel.... Esta es la línea de conducta del periódico: adhesión á la dinastía, pero completa independencia respecto de los ministros, de las personalidades ambiciosas que se agitan y que se disputan el favor de las Tullerías.

Y entró en el examen de la situación política del momento, para probar que el emperador estaba mal aconsejado. Acusaba á Rougon de no tener ya su energía autoritaria, su fe de otros tiempos en el poder absoluto; de pactar, en fin, con las ideas liberales, con el único objeto de conservar su cartera. Golpeábase el pecho con el

puño, declarándose inmutable, bonapartista de la primera hora, creyente en el golpe de Estado, convencido de que la salvación de la Francia estaba, hoy como en otros tiempos, en el genio y la fuerza de uno solo. Sí, más bien que ayudar á la evolución de su hermano, más bien que dejar al emperador suicidarse con nuevas concesiones, reuniría á los intransigentes de la dictadura, haría causa común con los católicos, para detener la rápida caída que preveía. ¡Y que Rougon tuviese cuidado, porque *La Esperanza* podía emprender otra vez su campaña en favor de Roma!

Huret y Jantrou lo escuchaban asombrados de su cólera, no habiendo sospechado jamás en él convicciones políticas tan ardientes. El primero se atrevió á defender los últimos actos del gobierno.

—¡Diablo, querido, si el imperio va á la libertad, es porque toda la Francia lo empuja con fuerza por ese camino!... El emperador es arrastrado, y Rougon se ve obligado á seguirle.

Pero Saccard pasaba á otras quejas, sin cuidarse de la lógica en sus ataques.

—Lo mismo que nuestra situación exterior, bien deplorable por cierto.... Desde el tratado de Villafranca, después de Solferino, la Italia nos guarda rencor por no haber llevado la campaña hasta el fin y no haberle dado Venecia; hasta el punto de que se ha aliado con la Prusia, en la seguridad de que ésta la ayudará á batir al Aus-

tria.... Cuando estalle la guerra, ya veréis el jaleo, y los disgustos que tendremos; tanto más, cuanto que hemos hecho mal en dejar á Bismarck y al rey Guillermo apoderarse de los ducados, en la cuestión de Dinamarca, con desprecio de un tratado que había firmado la Francia: esto es una bofetada, y ya no tenemos que hacer más que poner la otra mejilla.... ¡Ah! la guerra es segura, ya recordáis la baja, el mes último, de los fondos franceses é italianos, cuando se creyó en una intervención posible de nuestra parte en los asuntos de Alemania. Acaso antes de quince días, estará ardiendo la Europa.

Cada vez más sorprendido, Huret se apasionó, contra su costumbre.

—Habláis como los periódicos de oposición, pero no querréis, sin embargo, que *La Esperanza* vaya á remolque de *El Siglo* y de los demás... No os falta más que insinuar, á imitación de esos periódicos, que si el emperador se ha dejado humillar en el asunto de los ducados, y si ha dejado á la Prusia crecer impunemente, es porque ha inmovilizado todo un cuerpo de ejército en la expedición de México. Vamos, discutid de buena fe, lo de México se ha acabado y nuestras tropas vuelven.... Y además, no os comprendo, queriendo. Si queréis conservar Roma al Papa, ¿por qué parecéis combatir la paz apresurada de Villafranca? Venecia en poder de Italia es tanto como los italianos en Roma antes de dos años; lo mismo que yo lo sabéis, y Rougon también lo

sabe, aunque jure lo contrario en la tribuna.... ¡Ah, ya veis que esto es un engaño!—exclamó soberbiamente Saccard.—Jamás se tocará al Papa, ¿entendéis? sin que la Francia católica entera se levante para defenderlo.... Nosotros le llevaremos nuestro dinero, ¡si! todo el dinero del Universal. Tengo mis proyectos, ahí está nuestro negocio; y verdaderamente, á fuerza de irritarme, me haréis decir cosas que todavía no quiero decir.

Jantrou, muy interesado, había aguzado de pronto el oído, comenzando á comprender, tratando de sacar partido de una palabra cogida al vuelo.

—En fin—replicó Huret—yo quiero saber á qué atenerme acerca de mis artículos, y se trata de que nos entendamos.... ¿Queréis que se intervenga ó que no se intervenga? Si estamos por el principio de las nacionalidades ¿con qué derecho iremos á mezclarnos en los asuntos de Italia y de Alemania?... ¿Queréis que hagamos una campaña contra Bismarck? ¡Si! En nombre de nuestras fronteras amenazadas....

Pero Saccard, fuera de sí, estalló, poniéndose en pie.

—¿Lo que yo quiero es que Rougon no se burle más de mí!... ¿Cómo, después de todo lo que yo he hecho! ¡Compró un periódico, el peor de sus enemigos, hago de él un órgano adicto á su política, os dejo durante meses cantar en él sus alabanzas, y ese maricón no nos arrima el homi-

bro, y todavía estoy esperando un servicio de su parte!

El diputado, tímidamente, hizo notar que, allá en Oriente, el apoyo del ministro había servido de gran ayuda á Hamelin, abriéndole todas las puertas, ejerciendo presión sobre ciertos personajes.

—¡Dejadme en paz! Porque no ha podido hacer otra cosa.... Pero él que está tan bien situado para saberlo todo, ¿me ha advertido nunca la víspera de un alza ó de una baja? Vaya, acordaos, veinte veces os he encargado que lo sondeáis, vos que lo veis todos los días, y todavía no me habéis traído una noticia útil.... Sin embargo, no sería cosa tan grave que me trajeseis una simple palabra.

—Sin duda, pero á él no le gustan esas cosas; dice que son líos de que siempre hay que arrepentirse.

—¡Vaya! ¿Tiene acaso esos escrúpulos con Gundermann? Se las echa de honrado conmigo y da noticias á Gundermann.

—¡Oh, á Gundermann, sin duda! Todos necesitan á Gundermann, pues no podrían hacer un empréstito sin él.

Saccard exclamó triunfalmente, palmoteando:

—¡Eso es! ¡Al fin confesáis! El imperio está vendido á los judíos, á los cochinos judíos. Todo nuestro dinero está condenado á caer entre sus garras. El Universal va á derrumbarse ante su omnipotencia.

Y exhaló su odio hereditario y comenzó á

lanzar sus acusaciones contra esa raza de traficantes y de usureros en marcha hace siglos á través de los pueblos, cuya sangre chupan como los parásitos de la tiña y de la sarna, avanzando aún bajo el insulto y los golpes, á la conquista segura del mundo, que poseerán un día por la fuerza invencible del oro. Y encarnizábase sobre todo contra Gundermann, cediendo á su antiguo rencor, al deseo irrealizable y rabioso de abatirlo, á pesar del presentimiento de que éste sería el poste contra el cual se estrellaría, si alguna vez entraba á luchar con él. ¡Ah, Gundermann! ¡Un prusiano en el interior, aunque hubiera nacido francés! ¡Porque, evidentemente, hacía votos por la Prusia, y de buena gana la habría sostenido con su dinero, ó acaso la sostenía en secreto! ¿No se había atrevido á decir una noche en un salón, que si algún día estallase una guerra entre la Prusia y la Francia, á esta última le costaría trabajo vencer?

—Ya estoy harto, Huret, ¿lo entendéis? Y sabedlo: si mi hermano no me sirve de nada, yo tampoco le serviré á él.... Cuando me traigáis de su parte una buena palabra, es decir, una noticia que podamos utilizar, entonces os dejaré reanudar vuestros ditirambos en su favor. ¿Hablo con claridad?

Con demasiada claridad. Jantrou, que volvía á encontrar á su Saccard bajo el teorizante político, se había puesto otra vez á peinar su barba con la punta de sus dedos. Pero Huret, atacado

en su prudencia astuta de campesino normando, parecía muy disgustado, porque había fiado su fortuna en los dos hermanos, y habría querido no quedar mal ni con el uno ni con el otro.

—Tenéis razón—murmuró;—pongamos una sordina, tanto más, cuanto que hay que ver venir los acontecimientos..... Y yo os prometo hacer todo lo posible por obtener las confidencias del gran hombre. A la primera noticia que él me dé, salto en un coche y os la traigo.

Saccard, habiendo representado su comedia, bromeaba ya.

—Trabajo para vosotros, mis buenos amigos.... Yo, siempre he estado arruinado, y siempre he gastado un millón por año.

Y volviendo a la publicidad:

—¡Ah! Jantrou, debíais amenizar un poco vuestro boletín de la Bolsa.... Si, sabéis chistes, juegos de palabras.... Al público le gusta eso; nada ayuda tanto como el ingenio para tragar las cosas.... ¿No es verdad? ¡Sobre todo, juegos de palabras!

Ahora le tocó ser contrariado al director. Picábase de distinción literaria; pero debió prometer. Y como inventase una historia de mujeres muy guapas que le habían ofrecido dejarse tatuar anuncios en los sitios más delicados de su cuerpo, los tres hombres, riendo con mucha gana, volvieron a quedar los mejores amigos del mundo.

Entretanto Jordan había terminado su cróni-

ca, é impacientábase esperando que volviese su mujer. Habló con los redactores que iban llegando, y luego volvió al recibimiento. Allí quedó algo escandalizado al sorprender a Dejoie con la oreja pegada a la puerta del director, como escuchando, mientras que su hija Natalia estaba de centinela.

—No entréis—balbuceó—todavía está ahí el señor Saccard.... Creí que me habían llamado.....

La verdad era que acometido por un vivo deseo de ganancia, desde que había comprado ocho acciones del Universal, con los cuatro mil francos de economías dejados por su mujer, no vivía más que para la gozosa emoción de ver subir estas acciones; y arrodillado ante Saccard, recogiendo sus menores palabras, como palabras de oráculo, no podía resistir, cuando sabía que estaba allí, a la necesidad de conocer el fondo de sus pensamientos, lo que decía el dios en el secreto del santuario. Por lo demás, en todo esto no había ni asomo de egoísmo, pues no pensaba más que en su hija, y acababa de exaltarse calculando que sus ocho acciones, a la cotización de setecientos cincuenta francos, le daban ya una ganancia de mil doscientos francos, lo que, unido al capital, representaba cinco mil doscientos. Cien francos más de alza, y tenía ya los seis mil soñados; la dote que el cartonero exigía para dejar que su hijo se casase con la pequeña. A esta idea enternecebase su corazón y miraba con

lágrimas á aquella niña que él había criado y de la que había sido la verdadera madre; haciendo ambos una pareja dichosa, desde que ella no necesitó nodriza.

Continuó, muy turbado, balbuceando palabras incoherentes para ocultar su indiscreción.

—Natalia, que ha subido á darme un abrazo, acaba de encontrar á vuestra señora, señor Jordan.

—Sí, dijo la joven, volvía la esquina de la calle Freydeau. ¡Oh, y bien que corría!

Su padre la dejaba salir con toda libertad, seguro de ella, decía. Y tenía razón al contar con su buena conducta, porque era muy fría en el fondo, demasiado resuelta á hacer ella misma su dicha para comprometer con una tontería el matrimonio tan laboriosamente preparado. Con su delgado talle y sus grandes ojos en su lindo rostro pálido, amábase á sí misma, con una egoísta obstinación, siempre sonriente.

Jordan, sorprendido, sin comprender, exclamó:

—¿Cómo en la calle Feydeau?

Y no tuvo tiempo de preguntar más, porque entró Marcela, sofocada. Inmediatamente la condujo al despacho vecino, pero encontrando en él al redactor de tribunales, tuvo que contentarse con sentarse con ella en una banqueta en el fondo del pasillo.

—¿Y bien?

—Pues bien, querido, todo arreglado, pero no sin trabajo.

En medio de su satisfacción vió Pablo que su mujer estaba á punto de llorar; y ella se lo dijo todo, con voz baja y rápida, porque, aunque se había prometido ocultarle algunas cosas, no podía tener secretos.

Desde hacía algún tiempo, los Maugendre cambiaban respecto de su hija. Ésta los encontraba menos tiernos, preocupados, invadidos lentamente por una pasión nueva: el juego. Era la historia común: el padre, un hombre grueso, tranquilo y calvo, con patillas blancas, la madre, seca, activa, habiendo ganado su parte en la fortuna, ambos viviendo muy descansadamente en su casa con sus quince mil francos de renta, aburríanse de no hacer nada. Él no había tenido desde que se retiró otra distracción que cobrar su dinero. En aquella época tronaba contra toda especulación, encogíase de hombros con cólera y con compasión, al hablar de los pobres imbéciles que se dejan robar de una porción de modos tan estúpidos como sucios. Pero habiendo cobrado una suma importante, había tenido la idea de emplearla en valores públicos: esto no era especulación, era una simple colocación; sólo que, á partir de aquel día, había tomado la costumbre, después de su desayuno, de leer atentamente, en su periódico, la cotización de la Bolsa, para seguir los cambios. Y de allí había arrancado el mal, la fiebre lo había abrasado poco á poco, al